

## Recopilación de textos sobre Pablo Palacio\*

Emmanuel Tornés Reyes

No es casual que la Casa de las Américas publique una *Recopilación de textos sobre Pablo Palacio*. Ya en 1982, esta misma institución cultural dio a conocer un volumen con los relatos y novelas de ese importante escritor ecuatoriano, desaparecido prematuramente hace ahora cuarenta años. Los relatos allí reunidos tenían el propósito de servir de antesala necesaria a la presente Valoración; pero, desafortunadamente, el vacío que venía precediendo a Palacio desde la década del treinta extendió de nuevo su manto sobre la obra del autor. Nuestros teóricos y críticos —de forma general— no eran incólumes a esa atmósfera enrarecida y ya tradicional de silencio que acompañó durante varias décadas a Palacio. Sustraídos por la densa madeja de los fenómenos acuciantes de nuestro tiempo, entre los cuales el volumen de lectura es de por sí aplastante, no atinaron a ver el pez de colores que, aún con juveniles tonos, pasó raudo ante sus ojos como la propia vida del progenitor. Cómo no va a saberlo Miguel Donoso Pareja, a quien debemos el regalo que hoy nos hace(1). Explícito y sustancial como siempre, el prólogo que escribió para la

valoración recoge muy bien la idea en torno a la azarosa trayectoria que debió recorrer la realización de este, ya imprescindible, libro de consultas. Desde luego, no es que faltaran mentes lúcidas y previsoras —tal es el caso de Benjamín Carrión— pero el esquematismo, el extrañamiento cultural y desproporcionado, por anémico relieve publicitario de nuestras repúblicas de ayer, intentaron volver a jugarnos una mala pasada. Agradecemos, pues, el denodado esfuerzo de Donoso Pareja; y a las muestras valorativas de figuras tan prestigiosas como el ya citado Benjamín Carrión, Antonio Cornejo Polar (Perú), Jorge Ruffinelli (Uruguay), Renato Prada Oropeza (Bolivia), Nelson Osorio (Chile), Agustín Cueva (Ecuador), Abdón Ubidia (Ecuador) y muchos otros de reconocida proyección internacional, este acercamiento continental que siempre estuvo en las miras de la Casa de las Américas, concedora de las excepcionales calidades de la obra de Pablo Palacio.

Pablo Palacio (Loja, 1906 - Guayaquil, 1947) fue sólo una estela de luz; un arco invisible signado de futuro desde el primer momento. Vivió con la

ebullición de los grandes y la serenidad de los sabios. No de otra manera podía respirar quien llenó de galaxias inexploradas y caminos inadvertidos, la mullida superficie del escenario narrativo de los inicios. Salirse del frontispicio era entonces una herejía que, en aras de inalterables patrones estéticos, podía costar muy caro. Pablo prefirió recorrer, porque le acompañaba la razón, el mismo camino de Icaro. Cuántos disparos no cercenaron el aire para detenerlo. Pero allí estuvo él, firme en su puesto, defendiendo como buen gladiador el derecho a que las historias de *Un hombre muerto a puntapiés* (cuentos, 1927) y *Débora* (novela, 1927) pudieran exhibir las nuevas escalas que en otros ámbitos ya abrían horizontes.

El impacto causado por estos libros, nutridos de una imaginación alucinante y portentosa, fue espiritualmente algo parecido a un cataclismo. La presencia de temas desterrados de la literatura por los tabúes imperantes conmocionaron a los lectores de la época. No era habitual entonces ver de manera tan descarnada, conceptos como la corrupción sexual, administrativa, o la inoperancia judicial y lo endeble de los métodos policiales, por sólo citar algunos de los más relevantes. Cuenta el poeta Alejandro Carrión que ante aquellos libros "la gente se sintió toda ella herida, sacudida, profundamente indignada. Pero, al mismo tiempo, de que en las letras ecuatorianas había surgido un escritor incomparable". A pesar del desdibujado presentimiento, no alcanzaron a discernir realmente que asistían a la oportunidad única del alumbramiento de una escala distinta y superior de encarar la realidad. Palacio estaba convencido de que

mantenerse dentro del sistema literario imperante era contribuir a empalidecer y estancar la representación fenomenológica, lo que por otro lado implicaría emparentar la praxis gnoseológica con una simplificación que a veces rayaba con lo más burdo, desconociendo que el mundo circundante e interior era un cuerpo sumamente complejo, múltiple y engañoso, capaz de hacer recorrer la savia por vericuetos imperceptibles a simple vista. Sólo armándose de una amplia cultura y de una fina y abierta sensibilidad, podía trascenderse el mascarón aldeano que muchos, ingenuamente, pretendieron esgrimir como los únicos posibles modelos imperativos.

Palacio se enrumbó por la oblicuidad. De ahí las ensoñaciones de sus relatos, la fuerza expresionista que despliega, la magia de que hace gala, la crudeza de ciertas imágenes o el estallido de la figuración con que nos entrega el mundo interior de conflictos y personajes que, de haberlos conocido, hubieran encantado al "cruel" Antonin Artaud. Cada uno de sus textos transpira modernidad, fresca, aliento poético sin parangón en su país durante mucho tiempo.

Maestro de la sutileza, nos deslumbra cuando vemos al vuelo la grácil ironía o la mordaz sátira. Exprime la prosa como Vulcano el hierro. Por ello el lenguaje suelta destellos, chisporroteo que a ratos nos recuerda la cascada que a Góngora pareciera el vuelo de una mariposa. Tal es el colorido de los matices psicológicos que arrastran las cortas frases y las apretadas estructuras sintácticas con que se comunican sus personajes, incluso el sagaz narrador que protagoniza y retoza

en sus cuentos y novelas, cuya efectividad inigualable vemos emparentada con los novedosos procedimientos que luego emplearía Brecht en el Berliner Ensemble.

No escapa tampoco a su rico cosmos el sesgo que en ocasiones nos trae a la memoria las angustias de Raskolnikov o los desgarramientos de Artaud, "especie de punzante escalofrío, de terror glacial ante algo que se erguía como una frontera cercana y amenazante de lo humano", según la definición de su compatriota Agustín Cueva. Era el timbre de una época que ya vibraba en las ciudades, y que aún otros no habían percibido. Abre camino nuestro autor también en estas esferas.

Pero hay algo más que debiéramos decir de Palacio y que por momentos se tiende a olvidar cuando, bien mirado, constituyen un todo armónico de la personalidad singular del narrador lojano. Nos referimos específicamente al respeto que mereció en su desempeño como jurista y profesor universitario, disciplinas estas en las que, dotado de la misma brillantez del escritor, dio muestras también inigualables. Pero no sólo esto, como hombre de mente abierta a lo nuevo perdurable y dueño de una exquisita intuición, asumió tempranamente las ideas socialistas en su país. Por ellas y por la honestidad intachable que siempre mostró, llegó a defender con verdadero calor la causa de los desposeídos a los que siempre pareció decir, como lo hiciera uno de los personajes de su último libro, *Vida del ahorcado* (novela, 1932), con firme voluntad: "Mira, vamos a hacer una nueva vida. Una vida maravillosa. Vamos a suprimir la corbata y el cuello. Vamos a permitir que todos los hombres se dirijan la palabra con

el sombrero puesto. Vamos a suprimir las genuflexiones y las reverencias. Todos podremos vernos cara a cara". Así es como veremos siempre a Palacio, cara a cara, en sus libros, en sus ideas y en su postura de hombre ejemplar que, por su carácter fundador, merece estar, y ya para siempre, en la verdadera historia literaria de nuestra América.

La Habana, 4 de noviembre de 1987

## NOTAS

\*- Este trabajo fue leído el 4 de noviembre de 1987 en la presentación de la Valoración múltiple que la Casa de las Américas dedicó al escritor ecuatoriano Pablo Palacio. En dicha actividad también hizo uso de la palabra la ensayista y profesora universitaria Margarita Mateo, quien destacó la importancia continental de este nuevo volumen de Casa. Presentes estuvieron, de igual modo, el señor embajador de la República del Ecuador en Cuba, miembros del Consejo de Dirección de la Casa de las Américas y numeroso público cubano y latinoamericano.

- 1- *La Recopilación de textos sobre Pablo Palacio* fue preparada por el prestigioso poeta, narrador y ensayista ecuatoriano Miguel Donoso Pareja (Guayaquil, 1931). Donoso Pareja es autor, entre otros libros, de: *La mutación del hombre* (poesía, 1957), *Las raíces del hombre* (poesía, 1958), *Henry Black* (novela, 1969), *Nunca más el mar* (novela, 1982), *El hombre que mataba a sus hijos* (novela, 1981), *Libro de posta: La narrativa actual en el Ecuador* (antología y crítica, 1983),

*Los grandes de la década del 30* (historia y crítica, 1985). Actualmente es director de la Casa de la Cultura Ecuatoriana de Guayaquil.